



La enseñanza de valores en el colegio

Por: Andrew Sherman (asherman@colegiomenor.edu.ec)

Los colegios enseñan carácter. Los educadores interactúan con los estudiantes aproximadamente seis horas al día, cinco días a la semana, 190 días al año, y están constantemente transmitiendo mensajes que moldean comportamientos y proporcionando ejemplos explícitos de lo que es una buena decisión y cómo es un comportamiento que vale la pena. La formación del carácter es una manera formal e informal que los educadores utilizan para ayudar a los alumnos a desarrollar un sistema de valores, que sirve como marco personal para tomar buenas decisiones y actuar responsablemente.

La formación del carácter en realidad se enseña implícitamente a través de la difusión organizacional del colegio y explícitamente en la interrelación profesor-alumno. La formación del carácter es más una propuesta que un programa, en la que los valores se impregnan en todo el colegio, insertándose en las regulaciones del colegio y en la enseñanza en el aula. La educación del carácter significa que en lugar

de hablar sobre “conducta inapropiada”, todos en el colegio promulgan y transmiten los valores que la comunidad fomenta. Por lo tanto, todo lo que hacemos en el colegio influye e instruye a los estudiantes sobre la importancia de valores específicos.

Los estudiantes conocen lo que significa la persistencia y los resultados positivos que se obtienen cuando se vencen obstáculos y se logra la meta, o cuando se desarrolla un buen entendimiento de lo que es la bondad, para luego demostrarla cuando se interactúa con los demás. Los colegios son un lugar donde los niños aprenden a construir relaciones saludables, compartir sus pensamientos y desarrollar un sentido de justicia y respeto. Necesitamos reconocer que los valores universales como respeto, responsabilidad y bondad se deben abordar, demostrar y reafirmar en el colegio. Un conjunto de valores claramente definidos impactan el proceso cognitivo para la solución de problemas, tomar buenas decisiones, considerar el

alcance de posibles resultados o consecuencias en una situación dada, promover la reflexión personal, y aprender de la experiencia.

Los profesores instruyen consistentemente y refuerzan las expectativas de auto-control e interrelación con los demás. El carácter se forja en esos momentos didácticos y en las decisiones que se toman para poner en práctica valores inculcados. Usted puede pensar que la educación del carácter es enseñar a los niños a reconocer el bien, comprender los resultados positivos de buenas decisiones y participar en actos de bondad. Si logramos que los jóvenes aprecien las cosas buenas y se comprometan emocionalmente a ser cierto tipo de persona, ahí el colegio estará funcionando bien. Como concluyó el psicólogo francés Emile Durheim, el verdadero propósito de la educación es alentar a los alumnos a vivir en un mundo muy complejo. Y esto se logra enseñándoles un conjunto de valores que les permita llevar una vida exitosa y gratificante.

Guiemos a nuestros adolescentes con amor y valores

Por: María Cristina Cortez (mariacristincortez@gmail.com)

La adolescencia es sin duda una época de grandes cambios, presiones e interrogantes, no solo para el adolescente, sino para todo el círculo de personas que están a su alrededor. Entender, trabajar y manejar adecuadamente a los adolescentes es uno de los grandes retos a los que los adultos de todos los tiempos nos hemos visto enfrentados. Sócrates, en el siglo V a.C., ya nos daba su propia definición de los jóvenes de la época y los describía como “amantes del lujo, con pésimos modales, contradictores de sus padres y tiranos de sus maestros”.

Podría ser la descripción que calzaría muy bien para detallar algunos comportamientos de la juventud hoy en día, pero, ¿por qué actúan así? La tecnología y el magnífico trabajo de científicos e investigadores han abierto una ventana de conocimiento para tratar de explicar por qué durante esta época algunos jóvenes toman riesgos innecesarios, son propensos a resentirse, tener iras y sobreactuar. Hay algunos factores que están detrás de esto: los cambios y las demandas de crecer, las presiones sociales, el papel de

las hormonas, y un cerebro cuya corteza prefrontal sigue en proceso de consolidación. Es decir, la parte del cerebro que nos permite tomar decisiones acertadas, medir consecuencias y controlar impulsos está todavía desarrollándose cuando precisamente el adolescente más necesita de estas funciones ejecutivas del cerebro.

Es en este momento en que cabe preguntarnos como adultos, ¿cuál es nuestro rol?, ¿cómo ayudamos a nuestros adolescentes a sobrevivir efectiva y exitosamente esta maravillosa pero determinante época de la vida para convertirse en adultos funcionales? La respuesta indudablemente es proveyendo estructura, asumiendo el reto y convirtiéndonos en modelos y guías para ellos. Enseñándoles a comunicarse efectivamente, sin escalar el conflicto, utilizando un vocabulario adecuado, creando junto con ellos reglas claras y acuerdos de conducta de lo que esperamos de ellos.

Nada de esto es posible si como adultos no modelamos y enseñamos a través de nuestro ejemplo. Debemos ser coherentes en nuestros valores, en nuestras creencias y en nuestras acciones. Aun cuan-

do las familias han cambiado y la tecnología ha modernizado y modificado las reglas sociales, el tiempo y el espacio de las relaciones humanas, los valores universales de respeto, bondad, solidaridad y honestidad no pueden cambiar. Hoy más que nunca debemos aferrarnos, convencidos y firmes, a enseñar y guiar a los jóvenes alrededor de los valores. No nos dejemos engañar al pensar que ciertos valores con los que crecimos están caducos; que cenar en familia, ser corteses, respetuosos, timbrar la puerta de la casa de la novia y saludar a los padres, llamar por teléfono, hacer sobremesa, pedir permiso etc., están pasados de moda.

Estarán pasados de moda y se extinguirán en tanto los adultos no los pasemos de generación en generación, y logremos vivirlos y practicarlos nosotros mismos, convencidos de que vivir en valores, indudablemente, es vivir camino a la felicidad. No dejemos que los jóvenes de hoy pierdan la oportunidad y el regalo de aprender a ser adultos a través de observar, imitar y aprender de personas coherentes que viven en valores.

“Debemos ser coherentes en nuestros valores, en nuestras creencias y en nuestras acciones”

